

quiera que todos los días recibían larguezas de su mano. Y todavía les aumentó el sueldo anual en setenta millones de dracmas, que las rentas ordinarias del Estado no bastaban á pagar. Tomó también otra medida funesta á la disciplina: las legiones vivían todo el año en los campamentos y Caracalla les permitió tomar cuarteles de invierno en las ciudades inmediatas, que trataban como país conquistado arruinando á sus huéspedes y perdiendo ellas mismas en una vida desordenada las pocas virtudes militares que les quedaban.

Una cosa que el soldado mercenario y sin patria, como era ya el soldado romano, ama tanto como el oro es la guerra, ese juego embriagador de la vida y de la muerte en que espera siempre ganar; es la licencia de un ejército en



El Circo máximo en un gran bronce de Caracalla SPQR. OPTIMO PRINCIPI SC.

expedición y la satisfacción de pasiones brutales excitadas por una apariencia de gloria. Caracalla les había prometido llevarlos á esa caza de hombres y al botín: «Quiero acabar en la guerra; es una bella muerte.» Y tenía siempre en la boca un nombre opuesto mucho tiempo por los griegos á los más gloriosos nombres de Roma, el de Alejandro. En la época de Polibio, sus compatriotas se vengaban de su reciente derrota diciendo á los romanos: «A la fortuna debéis vuestras victorias, mientras Alejandro se las debía sólo á su genio.» Más tarde repetían aún: «Los partos que vosotros no habéis podido vencer no eran más que uno de los muchos pueblos domados por Alejandro Magno.»

Por eso, el recuerdo de los héroes de la raza helénica había trabajado el ánimo de César y de Trajano. Estos grandes capitanes hubieran querido repetir sus conquistas, establecer sus legionarios en las ciudades asentadas en las márgenes del Oxo, y habrían creído redondear el mundo romano, si le hubieran dado por límite oriental el del imperio macedónico. Pero á proporción que el antiguo espíritu de Roma cedía á la creciente invasión del helenismo, cesaba Alejandro de ser un rival para ser un conciudadano cuya gloria formaba parte ahora de la gloria nacional. Se le elevó en dignidad; pasó á ser dios y el invicto soldado se transformó en genio benéfico que ahuyentaba las influencias funestas, ἀλεξίκακος. Medallas de oro y plata con su efigie sirvieron de talismanes; «protegían, dice un escritor de la *Historia Augusta*, en todos los actos de su vida á los que las llevaban;» y todavía tenemos algunas.

Severo Alejandro tomó su nombre; pero Caracalla hizo más: tenía la pretensión de que el alma del héroe había pasado á la suya, y para probarlo amaestró elefantes de guerra y organizó una falange macedónica. Por lo demás, la última creación era más bien una manía de imitación que el término de una reforma comenzada desde larga fecha. En lugar de ejércitos regulares para combatir con una táctica racional, tenían que rechazar ahora los romanos los impetuosos ataques de los bárbaros desordenados y los rápidos jinetes de los partos. Enfrente de los elefantes y de la falange de Pirro (1) habían abandonado su antiguo orden de batalla de filas cerradas y líneas profundas; pero habiendo cambiado los adversarios, lo adoptaron otra vez para

(1) El cambio fué anterior á Pirro; pero la nueva organización fué consolidada y mejorada en aquella guerra. En otro lugar hablamos de esto.

que el ímpetu individual fracasara en una masa impenetrable.

Esta reforma había comenzado en las guerras de Bretaña, y más tarde estableció Adriano netamente el principio de la formación en falange sobre ocho hombres de fondo sin intervalo con una nueva línea de arqueros, los jinetes y las máquinas á retaguardia y en las alas. Este será en adelante el orden de las legiones.

Hacia fines del año 212 pasó Caracalla á Galia: hizo dar muerte al gobernador de la Narbonesa, y turbó sus provincias violando no sabemos qué derechos de las ciudades, acaso los derechos de las que se negaban al oneroso donativo del *jus civitatis*. Una grave enfermedad y sin duda también el deseo de inspeccionar las defensas del Rin, lo retuvieron en aquella parte de los Alpes. En febrero de 213 volvió á su capital que veía por la última vez.

Había prometido á sus soldados algunas expediciones y el imperio tenía necesidad de dar algunos golpes por la parte del Danubio y del Rin, donde se formaban poderosas combinaciones que estudiaremos después. Una de ellas, la de los alamanos, que aparecen entonces por la primera vez, sorprendió el paso de la línea fortificada, que cubría las tierras decumatas, y una numerosa caballería llevó el incendio y la muerte á aquel puesto avanzado de Italia y Galia. A fines de 213 condujo Caracalla sus tropas contra los invasores y los venció á orillas del Mein, donde sus mujeres renovaron los actos de heroica ferocidad que Plutarco atribuye á las mujeres de los cimbrios, á menos que la narración de Jifilino no sea una reminiscencia clásica.

Se cuentan otros triunfos por la parte de la Recia. Los arqueros osroenos que formaban parte del ejército romano se llevaron el honor de la campaña; lo que permite suponer que el enemigo no era muy numeroso ni muy de temer. Sin embargo, el rumor de estas ventajas resonaba á gran distancia, y algunos pueblos establecidos en las bocas del Elba y en el mar del Norte deputaron comisionados al emperador, pidiendo su amistad y subsidios que hubo de conceder. Los alamanos, hechos prudentes con su derrota, permanecieron en reposo por espacio de unos veinte años.

Dion acusa al emperador de haber comprado así la paz á los germanos. Muchas veces hemos expuesto que era de buena política ganar con dádivas á los caudillos bárbaros, para evitar las irrupciones súbitas y las guerras inútiles que ellas arrastraban. No hay pues que vituperar á Caracalla por haberla seguido, si á lo menos no pagó muy cara esta paz (2). Esta política le permitió levantar entre los alamanos cuerpos auxiliares, uno de los cuales formó su guardia personal. Hasta habría que alabar su conducta en el ejército, si no se notara en ella cierta afectación de costumbres populacheras y de bajas lisonjas. Participaba de todas las fatigas del soldado; si era menester abrir un foso, tender un puente, construir una calzada, hacer alguna obra difícil, era el primero en dar ejemplo. Se hacía servir á su mesa los manjares más comunes, comiendo y bebiendo en vasos de madera; ni comía otro pan que el grosero de la tropa; y á veces molía él mismo su ración de trigo, hacía la pasta y la echaba al horno. Vestía como los más pobres soldados, por lo cual lo llamaban éstos su camarada y él estaba orgulloso de este compañerismo. Rara vez iba en litera ó á caballo; llevaba sus armas y á veces el estandarte cargado de adornos de oro y cuyo peso hacía sudar á los más fuertes centuriones. Adriano yendo con la cabeza des-

(2) Macrino, su matador, es verdad, lo acusa de haber gastado tanto en pensiones á los bárbaros, como en las pagas del ejército; lo cual es absurdo (Dion, LXXXVIII, 17).

cubierta delante de sus legiones, es un general obedecido; Caracalla amasando su pan es grotesco y pierde la disciplina perdiendo el respeto de sus soldados.

Se habla también de bárbaros degollados á traición, de un rey de los cuades, á quien hizo matar, de una guerra que, según el voto de Tácito, encendió entre los vándalos y los marcomanos, de ventajas obtenidas contra los sármatas en la Dacia y contra los godos, cuyo nombre aparece entonces por la primera vez (1). Todo esto es muy oscuro, pero revela la intención de poner en seguridad la frontera septentrional del imperio.

«Después de haber reorganizado el ejército del Danubio, dice Herodiano pasó á la Tracia, donde hizo numerosas ordenanzas para las ciudades», como había hecho ya en Galia, como iba á hacer en Asia. Estos reglamentos no son conocidos; pero el hecho es de notar, porque concebidos sin duda en un espíritu contrario á las libertades locales, debieron adelantar la hora en que desaparecieron estas libertades.

Pasó el Helesponto, corriendo el peligro de perecer en una tempestad, y arribó á Pérgamo, á fin de obtener de Esculapio la curación de su secreta enfermedad. Con este anhelo se sometió á todas las prescripciones usuales para las curaciones maravillosas. El milagro hubiera sido esta vez de importancia y de gran provecho; pero no podía producirse por los medios ordinarios. El emperador hacía demasiado viso; el dios se hizo el sordo y Caracalla conservó su mal.

En Troya coronó de flores el sepulcro de Aquiles y quiso también él tener su Patroclo. Su liberto Festo fué elegido para desempeñar el peligroso papel del héroe. El nuevo Patroclo murió, en efecto, algunos días después, lo que permitió al príncipe renovar los funerales descritos por Homero: Festo fué pues envenenado para esta representación.

Pasó el invierno de 214 á 215 en Nicomedia, donde Dion, nuestro guía principal en esta historia, se encontraba á su lado. Los partos agotaban entonces en dimensiones inestimas sus últimos restos de vida: la ocasión era propicia para atacarlos. Les reclamó con altivez dos tráfugas, que entregaron ellos sin réplica ni demora, y esta docilidad le quitó por el momento el pretexto de guerra. Con todo eso, le eran necesarias victorias. El rey de Osroena gobernaba su país por cuenta de Roma. Edesa, su principal ciudad, situada en el camino de las caravanas, al pie de una roca que soportaba la acrópolis y de donde brotaba una copiosa fuente, era y es todavía un punto estratégico importante, el centro de la defensa para la alta Mesopotamia. ¿Había entrado este rey en relaciones peligrosas con los persas? No se sabe. En aquella lejana frontera las amistades eran inseguras. Caracalla se resolvió á suprimir aquel Estado tributario; invitó al rey á que fuera á visitarlo, y ya en su poder, lo encerró en segura prisión é hizo de su capital una colonia romana. El negocio era pequeño, pero la supresión de un reino oriental hacía siempre ruido en Occidente; y luego, Abgar acaso tenía un tesoro bien provisto (2).

(1) Eran precursores del cuerpo de la nación gótica, que se acercaba entonces al Euxino, pero no había llegado todavía, á menos que no hayamos de transformar estos godos de Caracalla en getas, que habitaban á una y otra orilla del Danubio. Dion (LXVII, 6) da este nombre á los dacios independientes.

(2) Esta supresión no fué duradera, pues se encuentran más tarde reyes en Edesa. Las dinastías suprimidas solían hacer tronco de funcionarios romanos. Un descendiente de Herodes fué procónsul de Asia en 135, y un Julio Antioco de la raza real de Comagene fué cónsul y hermano Arval (*Bull. de corr. Hellen.* 1882, p. 291). Al otro extremo del imperio, el país de los galaicos y astures fué separado en 215 de la España Citerior. No fué más que un simple desmembramiento de provincia (C. I. L., t. II, 2661).

El mismo procedimiento empleó Caracalla con el rey de Armenia, entonces en disidencia con sus hijos. Se brindó á mediar como árbitro y, al efecto, los invitó á una entrevista necesaria; sino que cuando estuvieron al alcance de su mano los trató con la misma perfidia que al rey de Osroena. Pero los armenios no se dejaron sorprender tan fácilmente como su príncipe, pues derrotaron el ejército romano enviado contra ellos.

Los senadores, á los cuales Caracalla echaba en cara su ociosidad, mientras se exponía por ellos á las fatigas y peligros de la campaña, aplaudían necesariamente estos altos hechos. Se le decretó el sobrenombre de *Pártico* y terminaban todas las aclamaciones en su honor con el voto de que su reinado durara cien años.

No por eso se sentía menos odiado y desde Antioquía les escribía diciendo: «Sé que mis hazañas os desagradan, pero tengo armas y soldados. Así me cuido poco de lo que vosotros podáis pensar de mí.»

A Antioquía sólo había ido en busca de placeres; á Alejandría, adonde llegó á fines del otoño de 215, fué á buscar una venganza. Los alejandrinos, gente ligera y burlona, daban á Julia el sobrenombre de Yocasta, la esposa incestuosa de su hijo, la madre de dos hermanos enemigos; llamaban á Caracalla el *gran Gético*, *maximus Geticus*, alusión satírica á una hazaña que no se había consumado en el país de los getas, y se refan de aquel hombre feo, pequeño y calvo, viejo antes de edad, que tenía la vana pretensión de hacer los grandes papeles de Aquiles y Alejandro. Estas burlas habían llegado á oídos del emperador.

Quando se acercaba á la ciudad, los primeros ciudadanos salieron á recibirlo llevando en sus manos los objetos sagrados como si sus dioses quisieran hacer honor al nuevo dios que se les entraba por las puertas. Caracalla los recibió muy bien, y por una irrisión de las antiguas y santas leyes de la hospitalidad, los invitó á sentarse á su mesa; pero terminado el festín, mandó que les dieran muerte.

Durante la ejecución, se armaron los soldados y se precipitaron en la ciudad. Las plazas, las grandes calles, los principales edificios, fueron ocupados militarmente, y el emperador mismo se estableció en el templo de Serapis y desde allí organizó la matanza; matanza que duró muchos días sin distinción de edad, condición ni sexo.

¿Cuál fué el número de las víctimas? ¿Quién sabe? Fué inmenso, porque Alejandría era un hormiguero de gente y una ciudad opulenta donde el soldado hería al azar y saqueaba á golpe seguro. Ni los templos, aquellos bancos sagrados donde los particulares solían depositar sus riquezas, merecieron respeto. La matanza no paró hasta que de cansancio y repugnancia se cayó el hierro de las manos de los asesinos hartos de sangre y de botín.

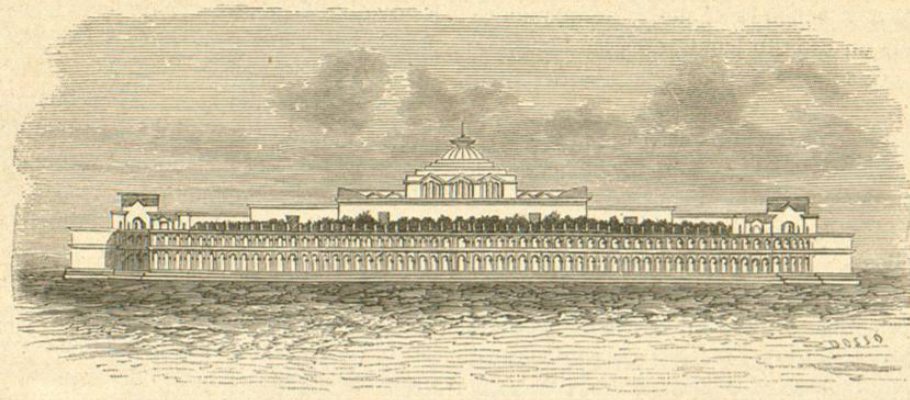
Al anunciar esta hazaña al senado, decía el monstruo ausonio: «En cuanto á la cantidad y calidad de los que han perecido, poco importa, porque todos merecían la misma suerte.» La conciencia pública se indignó acaso en secreto; pero los senadores consagraron oficialmente esta victoria de nueva especie con una moneda que representaba al príncipe pisoteando á Egipto.

Caracalla volvió entonces á sus ideas de conquista (216). Envió á pedir al rey de los partos la mano de su hija, y á su negativa, pasó el Tigris, tomó la ciudad de Arbela, aventó las cenizas de los reyes y devastó una parte de la Media. Sorprendido el enemigo de tan súbita agresión, no había opuesto ninguna resistencia, y después de tan fácil éxito, volvió á Mesopotamia é invernó en Edesa para consultar el oráculo del dios Luno; pero mientras buscaba el porvenir, perdía el presente. Habiéndose dirigido sobre

Carres, recibió allí la muerte de mano de uno de sus hombres, cuyos apetitos había excitado. Era un soldado descontento de que no se le hubiera nombrado centurión (8 de abril 217). Tenía apenas veintinueve años de edad.

Los romanos tenían divinidades que llamaban las Terribles, *Diræ*, potestades vengativas que existen siempre para los príncipes, porque siempre sigue la expiación á las grandes faltas y acaba por alcanzar á los que las cometieron ó á su posteridad.

Julia Domna estaba entonces en Antioquía. Hasta la última hora de Caracalla había poseído el poder supremo; pero también había tenido las supremas angustias: durante un cuarto de siglo, el mundo romano á sus pies, después muerto su esposo, uno de sus hijos asesinado en sus brazos



Termas de Caracalla (Restauración por Blouet. Escuela de Bellas Artes)

ta, que se desarrollaba en un perímetro de 4.750 pies, formaba un recinto en cuyo espacio se extendían magníficos jardines plantados de árboles, césped y flores, con un estadio reservado para los juegos gimnásticos, que la higiene prescribía después del baño. Las termas mismas comprendían un teatro, salas de declamación y de estudio, patios con pórticos para el paseo, museos, bibliotecas, etc.; en fin un inmenso receptáculo rodeado de mil seiscientas pilas de mármol esculpido donde podían bañarse á la vez tres mil personas. En el centro de esta construcción colosal se alzaba la *cella Soliaris*, cubierta con una bóveda abocinada, que era la desesperación de los arquitectos de la época y es hoy el asombro de los nuestros. Por todas partes los mármoles más raros, los mosaicos más bellos y las obras maestras del arte.

Se ha sacado de allí el Hércules de Glicón, la Flora y el grupo magnífico de Dirce, conocido con la denominación de *Toro Farnesio*. Una sola columna de estas termas pareció suficiente para adornar la plaza de la *Santa Trinità* en Florencia, y el museo de Nápoles está lleno de esculturas tomadas de estas ruinas, último y supremo esfuerzo del arte romano. Esparciano afirma que la calle que conducía á las termas de Caracalla, construída también por este príncipe, era la más hermosa de Roma.

En Siria había continuado los trabajos de su padre; en Baalbeck, el gran vestibulo y el *temenos* del templo de Júpiter fueron construídos á sus expensas.

Estas obras de arte no salvarán su memoria: apenas había reinado seis años y tan corto tiempo le había bastado

(1) Según Herodiano (IV, 13) Julia se dió la muerte por desesperación ó por obedecer una orden secreta.

(2) No tuvo tiempo de acabar estas termas; la columnata exterior fué construída por Heliofábalos y terminada por Alejandro Severo (Lampridio, *Heliof.* 17, y *Alex.* 25). Sobre las termas de los romanos hemos hablado en otro lugar.

y he aquí que el otro caía también á manos de un asesino arrastrando en su caída la fortuna de su casa.

Demasiado altiva para resignarse á la condición de súbdita de un aventurero que los suyos habían sacado de la nada y para venir á ser, después de tanta grandeza, objeto de la piedad pública, se resolvió á salir de inquietud como un estoico de los antiguos tiempos. Fuera de esto, la emperatriz padecía una enfermedad acaso incurable; y como la muerte se le acercaba, ella salió á recibirla, por decirlo así, dejándose morir de hambre (1).

Caracalla había construído en Roma un pórtico en que estaban grabadas las hazañas de su padre, y unas termas que son, después del Coliseo, las mayores ruinas de Roma y de las más considerables del mundo (2). Una columna-

para hacer males irreparables. Con Cómodo, Pertinax y Juliano, la soldadesca había sido hartamente insolente. Con Caracalla tomó verdadera posesión del imperio. Acostumbrada á las complacencias del príncipe, querrá hacer que dure un régimen que le es tan provechoso y para su logro elegirá emperadores ineptos para cambiarlos.

II. — MACRINO (12 abril 217 — 8 junio 218).

HELIOGÁBALO (8 junio 218 — 11 marzo 222).

Macrino (*Marcus Opellius Macrinus*) era africano como Severo y originario de Cesarea, el Cherchel de nuestra colonia argelina. Sus comienzos hubieron de ser ínfimos; pues se decía que había sido esclavo y gladiador. De cierto sabemos que fué administrador de los bienes de Plauciano y que por poco no perece con él. Severo recogió al hombre de confianza de Plauciano, y lo hizo maestro de postas de la vía Flaminia. Olvidando Caracalla quién había sido su primer protector, lo nombró abogado del fisco y más tarde prefecto del pretorio. Era un hombre afable y probo, sin talento ni ambición, que jamás habría pensado siquiera en el imperio, si una carta que lo denunciaba no hubiera caído en sus manos. Para librarse de una muerte cierta hizo matar al príncipe, y habiendo perecido en su empeño el asesino á manos de los guardias, se ignoró al principio su complicidad en el asesinato (3). Macrino afectó un sentimiento que le granjeó la buena voluntad de los soldados, y á los cuatro días fué proclamado emperador, no siendo más que simple caballero (4). Como se ve, todo se reba-

(3) Capitolino le es muy contrario; pero Dion su contemporáneo habla muy bien de él por odio á Caracalla (LXXVIII, 40). También Herodiano celebra su severidad (V, 2.)

(4) Herodiano (V, 1) y Dion (LXXVIII, 14). Había sin embargo recibido las insignias consulares (Dion, *ibid.* 13), lo que le valió el título de *Clarísimo* (Or. Henzen, 5512) Cf. Lampridio, *Alex.* 21.

jaba, hasta la dignidad imperial. Su hijo Diadumeniano, que tenía entonces nueve años, vino á ser César y Príncipe de la juventud (12 abril 217).

El nuevo emperador no se atrevió á declarar á Caracalla enemigo público. Llévaronse en secreto sus cenizas al sepulcro de los Antoninos, y para que sus imágenes desaparecieran sin ruido, se enviaron por un decreto á la fundición todas las estatuas de plata y de oro. Pero Caracalla recibió los honores divinos, y se le consagraron un templo y pontífices. Con esto, no comprendieron los soldados que su emperador favorito fuera privado de la apoteosis.

Así como el vencedor de Níger había pretendido continuar la dinastía Antonina, quiso Macrino ligarse á la dinastía africana, y tomando el nombre de Severo, dió á Diadumeniano el de Antonino que llevaba su víctima. Era una lisonja á esas muchedumbres que se llevan siempre con palabras y apariencias: la frase es de Horacio.

Por lo demás, Macrino se propuso granjearse á todo el mundo: al senado con sus miramientos, á los soldados á fuerza de dinero, á los pueblos con la supresión de los nuevos impuestos, á la conciencia pública con la amnistía de los desterrados y el castigo de los delatores. Pero todo esto se hacía poco á poco y en ninguna parte se sentía la mano firme del hombre capaz de imponer su voluntad.

El rey de los partos había entrado en la Mesopotamia con un ejército numeroso, y obligado Macrino á conducir á su encuentro tropas sin disciplina y sin ardor belicoso, hubo de sufrir reveses que, sin embargo, no pudo el enemigo llevar á la derrota. Dueños los romanos de las ciudades y de los castillos, donde habían tenido tiempo de acumular provisiones, dejaban la llanura á la caballería enemiga que no podía mantenerse en ella. Los dos príncipes se cansaron luego de una lucha en que ni uno ni otro se empeñaban; fuera de que Macrino tenía tanta prisa como interés en volver á Roma. Con esto habló humildemente, entregó los prisioneros y quince millones de dracmas, y Artabán se dió por satisfecho.

Se humilló también con los armenios; devolvió á Tirídates su madre, que Caracalla había retenido cautiva, las tierras que su padre había poseído en Capadocia y probablemente una pensión, mediante lo cual consintió el armenio en recibir la corona de oro que Macrino le envió en señal de su soberanía feudal. En cuanto á la Dacia, restituyó también sus rehenes á los bárbaros. En tiempo de Caracalla, conservaba á lo menos el imperio enfrente del enemigo, la altiva actitud que Severo le había dado.

No por eso se celebraron menos las victorias de las armas romanas. Las monedas eran como el diario oficial de la época y tan poco verídicas como ciertos boletines de guerra. En una de ellas que el senado hizo acuñar se leía: *Victoria Parthica*.

Con todo eso, acometió Macrino la obra de estrechar los lazos de la disciplina tan aflojados por Caracalla, y bien que dejando á los antiguos soldados el aumento de paga y las recompensas é inmunidades de servicio que se les habían prodigado, pretendió someter á los reclutas á los reglamentos de Severo y los trató con extrema dureza. Un príncipe victorioso lo hubiera logrado; pero un príncipe medio vencido y medio deshonrado por una paz que había comprado, no tenía autoridad ni fuerza para imponer esta reforma.

La guerra había llamado muchas tropas á Siria y Macrino cometió la imprudencia de conservarlas allí. Estos soldados inactivos, con el ánimo todavía lleno de recuerdos de las grandes expediciones de Severo, se pusieron á computar los provechos que les habían valido las victorias del

padre y las larguezas del hijo, y á establecer, entre lo que era y lo que había sido, esa comparación que los descontentos hacen siempre girar en daño del presente.

Macrino había escrito á los Padres conscriptos que no quería hacer nada sin ellos, es decir que iba á restablecer en el senado el centro del imperio, que el último príncipe había puesto en el ejército. Era menester hacerlo sin decirlo; era menester, sobre todo, enviar á sus guarniciones respectivas las legiones inútiles en el Oriente pacificado, y no pasar la vida en Antioquía viendo danzar á los bailari-



Flora, llamada Flora Farnesio (1)

nes. Muy luego se quejaron en alta voz en los campamentos de la mezquindad del nuevo príncipe, del legista que tenía al soldado bajo la tienda, mientras antes las ciudades les servían de cuarteles. Se hablaba de millones enviados á los partos como de una cosa usurpada á las legiones, y se vino á creer que el asesino del príncipe tan querido de los soldados era Macrino.

Después de la muerte de Julia Domna, Macrino relegó á Emesa á la hermana de esta emperatriz, Mesa con sus dos hijas, Soemias, madre de Avito Basiano tan tristemente célebre con el nombre de Heliofábalos, y Mamea, cuyo hijo nacido en una antigua ciudad cananea, donde se adoraba á la Venus del Líbano, había tomado de un templo de esta ciudad consagrado á Alejandro, el nombre del héroe macedón.

Parece ser que estas sirias, asaz inteligentes y hábiles, habían hecho ventajosos matrimonios tomando esposos que

(1) Estatua colosal encontrada en las Termas de Caracalla.